

## La Leyenda de los Pishtacos

Episodio que, con algunas variantes, reproduzco como me fue relatado por el Sr. Humberto Arias, quien, en compañía de su valiente esposa y de dos hijos de tierna edad, recorrió durante años los afluentes del Amazonas, sembrando el bien, curando a los enfermos en las poblaciones costeras y enseñándoles una mejor manera de vivir.

Eran aproximadamente las cinco y treinta de la tarde. Como siempre, comenzamos a buscar un buen sitio donde pasar la noche. No nos gustaba pernoctar en lugares muy solitarios donde no hubiera por lo menos una casita habitada por algún nativo. Muchas veces no encontrábamos el sitio apropiado, y teníamos que quedar allá donde la noche nos impedía el avance. Más de una vez en esos sitios solitarios nos despertaba el extraño ruido salvaje de la selva con sus muchos habitantes nocturnos, pero de nuevo nos sentíamos arrullados por el ininterrumpido concierto que comienza apenas se disipan las sombras de la noche. Esa tarde de diciembre avanzábamos penosamente en nuestra lancha a causa de la corriente y los desperfectos de nuestro viejo motor. Al salir de un canal vimos allá, en el recodo del río, un pequeño claro donde se levantaba una rústica chocita de palmeras, rodeada por una chacra de arroz todavía verde como la hierba. En la costa, hacia donde dirigimos la proa, había dos niñas que nos observaban mientras nos acercábamos. ¡Qué agradable encontrar un ser con quien poder hablar después de navegar todo el día! Muchas veces no encontrábamos a nadie para preguntarle si estábamos en el verdadero río, o en algún otro brazo o afluente que nos llevaría a quién sabe qué destino. Mi esposa, que hacía siempre de marinero, pasó a la proa para tirar las amarras. Pero ¡qué extraño! Cuando llegamos a la orilla, las niñas a quienes habíamos pensado pedir hospedaje ya no estaban. Habían desaparecido como por encanto. Sólo una docena de pollitos y una gallina nos daban la bienvenida a la vez que, al bajar, seguían mis pasos por doquiera. Ya aseguradas las amarras, y mientras mi esposa y los niños se alistaban para cenar —y entrar en el camarote, para librarse así de los mosquitos que aparecen a esas horas como nubes reclamando también su cena—, fui hasta la chocita ubicada en medio de la chacra de arroz, seguido siempre por los pollitos que piaban queriendo dormir, al parecer. Allí había otros animales domésticos que se disponían a dormir. Llamé por todos lados. Sólo contestó un perrito raquítico que ni se molestó en levantarse para defender sus dominios. Levanté los pollitos y un patito y los ubiqué en el sitio donde me pareció deberían dormir, y corrí hacia el río, porque ya los mosquitos comenzaban a hacerse oír y sentir en todo sitio del cuerpo que estaba al descubierto. Al llegar a la orilla noté que los pollitos y el patito me seguían, el perro flaco movía amigablemente la cola alrededor de mis pies y hasta la gallina corría hacia la orilla tras sus hijuelos que se acurrucaban piando a mí alrededor. Alcé tantos como pude y regresé a la choza seguido por el resto. Esta vez llamé con mayor insistencia, y adivinando que las niñas estaban solas, y tal vez tenían miedo, les hablé amigablemente haciéndoles saber que sólo quedaría en el río con mi esposa y los niños. Pero nadie contestó. Al fin los pollitos se acurrucaron bajo su madre. La noche ya traía consigo el concierto de la selva, sobresaliendo en estos momentos el gran conjunto de violines tocados en todas las tonalidades por los mosquitos que hacían imposible la vida fuera del refugio de la tela metálica del camarote. Después de un día de navegación por el río, habiendo luchado con los obstáculos que tuvimos en el viaje, era difícil quedar por mucho tiempo fuera de la cama, y esa noche, como todas, nos acostamos temprano. A eso de las diez de la noche nos despertó el chapoteo de varios remeros que se acercaban al lugar, mientras conversaban en cocama, su lengua nativa. Era un grupo que venía en sus canoas, entre los cuales estaban los dueños del puerto en que nos encontrábamos. Habían estado en una miuga -fiesta nativa- y por lo tanto tenían bastante alcohol encima. Me dirigí al dueño para presentarle mis saludos y pedirle permiso para pasar la noche en su puerto. Los cocamas son muy amigables, y esa noche, la influencia del masato (bebida alcohólica a base de yuca) los tornó aún más amigables y contentos. Mientras amarraban sus canoas, la madre se adelantó con su gran carga sobre la cabeza y la espalda, en dirección a la casa. De. Pronto... ¡qué extraño! Gritos salvajes interrumpieron el sordo ruido de aquella hora. Estridentes lamentos, que parecían llanto mezclado con risa, retumbaban en la oscura selva, "escarapelando" todo el cuerpo. ¡Qué pasaba! ¿Qué había sucedido? La señora corría en nuestra dirección y, a la vez que vociferaba amenazante y entre llantos, que parecían carcajadas salvajes, nos reclamaba sus hijas. "¡Pishtacos! ¡Pishtacos! ¿Dónde están mis hijas? Uds. las han matado. ¡Asesinos pishtacos, devuélvanme a mis hijas!"

Los pishtacos, según una leyenda que todos ellos creen, son extranjeros que viajan por el río, buscando personas gordas para matarlas, sacarles la grasa y llevársela para combustible de los aviones a chorro. ¿Cómo llegó a ellos esta idea? Gente mal intencionada inventó esta historia y la contó a los indios para atemorizarlos y estorbar así la labor de los misioneros que viajan por los ríos. Los indios la han creído y tienen mucho temor de los extraños que vienen en lanchas como la nuestra. Felizmente, esta mentira va perdiendo su efecto al convencerse los aborígenes de la buena labor de las lanchas médicas de la Iglesia Adventista, y la vida de los misioneros no está en peligro como antes por esta falsa creencia. Los nativos harían por supuesto cualquier cosa, aun matar, antes de que los llamados pishtacos los mataran a ellos. Ahora la conversación agradable cambió por completo, y nuestros amigos, especialmente el padre, se aprestaron a subir a bordo de nuestra lancha. Ya no eran amigos, sino fieras más peligrosas que las que muchas veces formaron círculo a nuestro alrededor mientras estuvimos en lugares apartados y solitarios. Se sumaba a la natural fiereza que adquirieron sus rostros selváticos la influencia del alcohol y el extraño lamento de la madre, que parecía cantar, llorar y reír a la vez. ¡Imposible explicar la mezcla de emociones que sentimos! Mildred, nuestra hijita de tres años, despertó y temblaba como una hoja. ¡No era para menos! ¿Qué hacer? ¿Cortar las amarras, dejarnos ir río abajo en la noche y escapar ayudados por el motor? ¡Imposible! No ganaríamos nada. Eso era tan peligroso como quedarnos. Además, ellos son hijos de la selva, y donde nosotros avanzamos con dificultad, ellos parece que vuelan, pues conocen cada palmo del río. Sería más bien provocar sus flechas contra nosotros. Pero, ¿cómo explicarles? ¿Cómo hacerles entender que no éramos pishtacos y que los pishtacos no existen? ¡Qué situación tan difícil! ¿Dejarlos entrar en nuestra lancha para que la revisen? ¿Y si enojados como estaban les hacían daño a nuestros niños?... Estaban ebrios. ¿Cómo los sacaríamos si los dejábamos entrar? ¡Pero el padre se obstinaba en hacerlo! ¿Cómo impedirselo? Sólo nuestra confianza en Dios nos mantuvo serenos.

La madre seguía llamando a voz en cuello a sus hijas a la vez que acompañaba el nombre de ellas con su extraño lamento salvaje y aterrador. De pronto, un corto silencio fue interrumpido por una lejana respuesta río arriba. ¡Qué alivio! Tal vez eran ellas. .. De nuevo el grito aterrador... y ahora, la respuesta más nítida. Sí, eran ellas que venían río abajo en una canoa, acompañadas de otros hombres. Todos fueron a su encuentro y se alejaron así de nuestra lancha. ¡Gracias a Dios han aparecido! Ahora regresan, pasan de nuevo junto a la lancha y se despiden entre dientes alejándose en dirección a la choza. Nuevamente se oye sólo el ruido sordo de la vida nocturna de la selva, producido por miles de seres que duermen durante el día y de noche salen en busca del sustento. Pero ¿cómo conciliar ahora el sueño? Los nervios estaban alterados y cualquier ruido, tal vez el grito de una lechuza o el chillido de algún mono que rompía la monotonía del concierto, nos sobresaltaba y nos hacía recordar esos gritos salvajes que aún resonaban estridentes en nuestros oídos.

Al fin, todo quedó en paz. Dios nos cuidó conforme a su promesa hecha por medio del salmista: "El ángel de Jehová acampa en derredor de los que le temen y los defiende". A la mañana siguiente, otra vida muy distinta aunque no menos peligrosa asomó en la selva con los primeros rayos del sol. Pero, ¿qué había pasado con las niñas? Creyéndonos pishtacos habían huido río arriba entre la selva, hasta un caserío, por temor de que les quitáramos la vida, y regresaron luego con los hombres que las acompañaban para el tiempo cuando calculaban que sus padres ya habían vuelto. Esa mañana temprano abandonamos el lugar, no sin antes explicarles la mentirosa historia acerca de los pishtacos y hablarles del amor y la bondad de Jesús, que cuida a quienes le aman y obedecen, como lo hizo con nosotros aquella noche y muchas otras en nuestra vida de misioneros en el río. Les regalamos revistas, que ellos personalmente no podían leer, pero que tal vez alguien alguna vez leería para ellos regando así la semilla que habíamos sembrado en sus corazones.

¡Qué hermoso es confiar en Jesús y, estar seguros de que nos cuida en cada instante de nuestra existencia! Pero, ¡cuántos hay en la selva que nunca han oído de Dios y de su cuidado amoroso!